



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ No escarmentamos. Continúa en pie la permanencia de lo kitsch que, en contra de lo que se cree, no es lo cursi. Mientras lo cursi responde a una estética del quiero y no puedo, por ejemplo el broche de diamantes falsos adquirido en un *todo a cien*, a lucir en la solemnidad de una boda de rumbo, el kitsch, por el contrario, denota ciertos poderes adquisitivos, tales los del que estrena en el paseo del domingo un impecable chándal acompañado de unos deportivos a prueba de bomba.

Los hijos de las *marujas*, aquéllos que un día poblaron su cuarto de soltero con los posters del Che Guevara, de Marisol, del *se busca*, con la cara de Cristo; del Barsa o el Real Madrid, etc., amén de los al manaques más o menos erótivos, todos ellos hoy responsables padres de familia, continúan siendo felices en su legítimo derecho a elegir aquellos elementos estéticos, adquiridos los más domingos por la tarde, almuerzo por medio, en uno de esos bares de carretera, la mayoría verdaderos catálogos del más rabioso kitsch.

Del todo difícil viene a resultar ciertamente, evitar el triunfo del kitsch. Vendido éste y retirados los bibelots, la muñequería colorista y la fotografía de Jennifer en su primera comunión, ¿qué colocar encima del televisor?

Que la victroia de los kitsch continúa darán prueba, sin ir más lejos los días de carnaval que a pasos de agigantados se acerca, con sus niñas y niños con *Sissi* o en el *Zorro* de Banderas convertidos, felices ellos, aunque, es claro, más sus progenitores. Testigos, el lector.

II
■ Mañana de sol, lluvia



al mediodía, veinto tonto mediada la tarde, noche de aparatosos truenos, como si San Pedro trasladase sus muebles tras el telón del cielo... ¡Febrerillo el loco se despide!

III
■ Desechando de nuestro curriculum los grandes hechos por grandes y los pequeños por pequeños, venimos a entrar en el territorio neutral de la nada, en el limbo de los soberanos aburrimientos.



IV
■ Al mismo tiempo que se acabaron para siempre los gitanos que iban por el monte solos, según se viene a certificar en los populares versos de Lorca, también para siempre, a su vez, desaparecieron de la circulación aquellas amadas más o menos románticas, enamoradas hasta la cachas, que frente a las digamos frivolidades del esposo hacían del olvido, su obligación; de su sonrisa comprensiva, su oficio.

V
■ Al retornar aquel hombre a la vida, tras muchos años de hibernación, el hecho que más vino a extrañarle fue el de descubrir cómo los jóvenes de la familia, ellos y ellas, llegada la hora misteriosa de los fantasmas, pasada ya a media noche, se ponían en marcha, llavín en mano, enderezando sus pasos hacia el pub y la discoteca, hacia la vida misma que, según ellos, empezaba precisamente a esas horas.

El minicuento de urgencia

No tuvo suerte Lolita

La conocí hace muchos años, flor y nata y entre la nata y la flor de la grey femenina de mi pueblo; todo su cuerpo serrano, una perfecta organización melocotonera, tan envidiable que, de andar por entonces inventado, hubiese podido Lolita prescindir olímpicamente del siempre atractivo y funcional wonderbra.

Pena de que un destino un tanto funesto acabara por convertir a Lolita en la mujer de los *a punto de*, pues esmaltando su biografía, en cierta ocasión estuvo *a punto de* ser elegida *Miss España*, derrotada a saber por qué oscuras manipulaciones; y *a punto de* abrir más tarde un elegante restaurante, local injustamente ocupado por un banco que se adelantó a sus proyectos, y, todavía, *a punto de* convertirse en una Isabel Gemio, batuta en mano de un programa televisivo, arrasador de emociones, puesto a otra con más lucidas cartas credenciales otorgado.

Transcurridos los años, por una revista del corazón conocí cómo todavía, *a punto de* contraer matrimonio con Lolita, un conocido millonario había fallecido a consecuencia de un accidente de carretera.

Grata sorpresa la mía cuando casualmente, en uno de mis viajes a Madrid, vine a saludar en una cena-homenaje a un escritor famoso a Lolita, guapa siempre, algo fondona ya



aunque no tanto que dejara de ser imprescindible en presentaciones y saraos, figura decorativa, reina del canapé.

—De eso vivo, hijo —me confesó, sincera.

Pasados luego muchos años, demasiados acaso, sin noticias de Lolita, en mi último viaje a Madrid, renqueando uno ya un tanto por un inoportuno tirón muscular en la pierna izquierda, vino a ocurrir que, departiendo con un amigo

en un conocido bar de lujo, en un apartado de éste descubrí, en cerrada conversación con el que parecía resultar dueño o encargado, a mi siempre admirada Lolita, es decir lo que restaba de Lolita, entrada en años y más kilos, coronada, ay, por la impia arruga, jamás bella, jamás.

No sé si por galantería o por piedad, no me hice el encontradizo con Lolita, que vino a desaparecer tras una amplia cristalera sobre la que comenzaba a resbalar la primeras gotas de una ligera lluvia. Por intercesión de mi amigo, que me presentó al que resultó ser dueño del bar, supe que Lolita estaba a punto de entroncar con lo que se suponía sería uno de los últimos estadios de su biografía sin suerte, al estrenar al día siguiente su cargo de mujer de la limpieza del bar, eso sí, con varias empleadas a su mando.

VI
■ Acechando el enamorado el sueño de la amada, su futura esposa, vino a descubrir su cándida imagen de Bella Durmiente del bolsque, por una parte; por otra, sus ronquidos, tales los de un genuino carretero, causa esta última que, por lo pronto, vino a aplazar la fecha de su boda.



VII
■ Cazado en la barra de un bar: —Para *glamour*, el de mi novia: tipo de portada de revista, anatomía a lo Marlene Murreau, ojos de color de mar, finca en el campo sobrepasando los dos mil metro cuadrados...

VIII
■ —Te lo vengo diciendo, Manolo. No me gusta nada, lo que se dice nada, el pretendiente con el que viene saliendo nuestra Merceditas.